

Reseñas

FABIÁN REPETTO (ed.), *La gerencia social ante los nuevos retos del desarrollo social en América Latina*, Guatemala, INDES/INAP/Norwegian Ministry of Foreign Affairs/BID, 2005, 299 pp.

VIVIANE BRACHET*

La mayoría de los libros sobre el tema de las políticas sociales en la América Latina contemporánea analiza críticamente los cambios sufridos durante la era neoliberal, o evalúa sus resultados (o falta de los mismos). En cambio, *La gerencia social ante los nuevos retos del desarrollo social en América Latina* mira hacia el futuro y plantea la necesidad de redefinir los conceptos e instrumentos de las políticas sociales, y los reorienta hacia la meta de aumentar el bienestar social de la población. Esto responde a la definición propuesta en 2003 por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (una de las instituciones que publican el libro) del desarrollo social como “inversiones en capital humano y social para lograr avances en el bienestar de la población. Incluye acciones en salud y nutrición, educación, vivienda y mercados de trabajo que amplían las capacidades y oportunidades de los individuos, así como acciones para promover la inclusión social y combatir los males sociales, los cuales enriquecen el tejido social necesario para el desarrollo humano”.¹

Tras una década durante la cual las políticas de desarrollo social prácticamente se limitaron a combatir la pobreza extrema, estaríamos, de nueva cuenta, considerando una gama más amplia de malestares sociales —algunos viejos, otros más recientes— como la co-existencia de la pobreza tradicional con la nueva pobreza de exclusión del mercado de empleo formal; las persistentes desigualdades entre hombres y mujeres en el mercado laboral (las demás no se mencionan); el envejecimiento de la población; las nuevas definiciones de las necesidades básicas; la inseguridad en las grandes urbes, etcétera.

La perspectiva que proponen ahora los autores, en sintonía con el nuevo discurso de los organismos internacionales, es la llamada “gerencia social”. Ésta involucra

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

¹ Banco Interamericano de Desarrollo, *Hacia un desarrollo sostenible y equitativo*, Washington DC, BID, 2003, p. 149.

la reconstitución de la capacidad institucional (nótese: no se dice “estatal”) de gestión y coordinación de los esfuerzos en materia de políticas sociales que permite la participación activa de la ciudadanía. Esto significaría una mayor profesionalidad en la administración pública a la vez que una mayor capacidad de “escuchar” las demandas sociales que la que se reconocía durante la era neoliberal, cuando cualquier crítica a las reformas sociales (vgr: la seguridad social) se tachaba de estar motivada por intereses estrechos de tipo corporativo. Igualmente, se propone que los países de la región dejen de adoptar programas sectoriales y parciales, apuntando a la necesidad de una planeación regional, a la vez que haciendo hincapié en “tener presente la heterogeneidad de América Latina”, o sea, flexibilizando los grandes modelos propuestos para atender a la problemática social multicultural y multiétnica de la región.

En su introducción al volumen, Fabián Repetto afirma “la necesidad de llevar adelante una gestión estratégica adaptable a los cambios, que sea proactiva y posea capacidad para fomentar ámbitos y técnicas de negociación, además de promover articulación entre múltiples actores, organizaciones e instituciones” (p. 32), manera delicada de indicar que la participación democrática es generalmente conflictiva, y que por lo tanto tenemos que aprender a compatibilizar las demandas contradictorias por medio de la negociación, en vez de la imposición desde arriba, lo cual sería una experiencia muy nueva para América Latina.

No cabe duda que la noción de “gerencia social”, así definida, es una propuesta de carácter social-demócrata por lo menos en principio, y que sólo podrá ponerse en práctica en la medida que las fuerzas políticas de corte socio-democrático obtengan la mayoría de los votos, una contingencia que no niegan los autores. Lograr acuerdos colectivos sólidos sobre la provisión de bienes y servicios públicos a pesar de la divergencia de intereses y la heterogeneidad de las necesidades sería una de las pruebas de fuego de las democracias de América Latina, que desde su recién renacimiento (o nacimiento) se han mostrado más aptas para la imposición de decisiones tecnocráticas que para la participación ciudadana.

La gerencia social es un libro colectivo. En el capítulo 1, Fabián Repetto esboza un marco analítico de abordaje del problema de la coordinación en la esfera pública y pregunta, en un tono algo pesimista, por qué hablando tanto de coordinación se coordina tan poco. En el capítulo 2, Javier Moro trata la dimensión cultural de la gerencia social en una perspectiva de ciudadanía plural, reconociendo los conflictos irreductibles inherentes al proceso político de definición de los espacios de pluralidad cultural. En el capítulo 3, Miguel Vera presenta la calidad educativa como un ejemplo de articulación entre políticas económicas y sociales, donde la gerencia social consistiría en reducir las múltiples brechas sociales que separan los niveles de calidad educativa accesible a los distintos estratos sociales. Esto, en realidad, concuerda con la política de combate a la pobreza de los dos últimos sexenios en México, pero no resuelve la problemática de la creación de empleo, elemento crucial de una política económica orientada al desarrollo social. En su ausencia, los pobres, aunque bien nutridos y educados, no pueden independizarse de los programas de combate a la pobreza sin recaer en ella. Es iluso pensar, en mi opinión, que se resuelva este problema únicamente al mejorarse la “calidad” de la educación. El capítulo 4, por Fran-

cisco Mezones, aborda los debates sobre el espinoso problema de determinar el “valor público” de los programas sociales, el cual es definido como “el bienestar proporcionado por una actividad o un servicio público a cada ciudadano” (p. 210), y anota que se trata más de un concepto teórico que de una práctica efectiva de gerencia social. Finalmente, Manuel Contreras presenta, en el capítulo 5, el proceso de capacitación de los “gerentes sociales” por medio de la educación superior que, en opinión del autor, implica a la vez aprender y desaprender. El problema de la preparación de los gerentes sociales para dialogar con la ciudadanía sobre el diseño y la implementación de políticas, algo que las universidades no pueden proporcionar, no es tratado, a pesar de ser crucial para una definición democrática de la gerencia social tal como se propone en la introducción.

En resumen, es un libro que expone los nuevos retos de las políticas sociales en América Latina desde un abordaje que se define implícitamente como social-democrático, es decir, a la vez democráticamente participativo y económicamente redistributivo. Por lo tanto, constituye un esfuerzo sumamente importante en la redefinición de una perspectiva post-neoliberal sobre las políticas sociales en América Latina. Es de esperarse que los procesos políticos de los decenios venideros permitan una puesta en práctica más plena, así como un debate a la vez abierto y crítico de algunas de las propuestas que aquí se analizan, para así transformar en realidad el nuevo (y bienvenido) discurso de los organismos internacionales que marcan las pautas de las políticas sociales en nuestra región.

MAYA LORENA PÉREZ-RUIZ (coord.), *Tejiendo historias. Tierra, género y poder en Chiapas*, México, Conaculta-INAH, 2004, 390 pp.

JOSÉ LUIS ESCALONA VICTORIA*

La urdimbre del presente

Tejiendo historias es un libro en el que confluyen mujeres que han realizado trabajos de investigación social en Chiapas. Los temas son muy diversos y difícilmente un subtítulo como “tierra, género y poder” da cuenta de los muchos asuntos de que trata. La coordinadora de la obra, Maya Lorena Pérez-Ruiz, propone que el libro sea leído como un conjunto de múltiples historias de la historia reciente de Chiapas y divide los doce trabajos en dos secciones. Sin embargo, más que ofrecer una síntesis el libro nos brinda un panorama de diversas ideas en tensión, relativas al cambio social reciente; además, los trabajos se pueden clasificar de muchas formas. Permítaseme hacer una clasificación distinta de la propuesta por la coordinadora.

* Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Sureste (CIESAS-Sureste).

I

Un amplio grupo de trabajos tiene como eje el zapatismo. Maya Lorena Pérez-Ruiz hace un análisis de un momento muy importante en la historia de las organizaciones sociales en Chiapas, cuando participaron en la creación del CBOIC entre 1994 y 1996. Esta historia muestra cómo el movimiento campesino, más que conformar un amplio frente homogéneo, se presenta diversificado en varios movimientos orientados por estrategias de organización muy variadas (incluso por la doble fijación de algunos miembros). La autora afirma que esta fragmentación fue resultado del cerco antizapatista impulsado por el gobierno; pero, sin negar el papel gubernamental, en la historia de más largo plazo de las organizaciones campesinas se puede observar un amplio abanico de formas de participación política desarrolladas en las últimas décadas; una variedad que abarca desde el rechazo a la negociación con el gobierno hasta las estrategias de negociar espacios e incluso de participar en el propio gobierno. Sería interesante ahora analizar esta coyuntura, estos intentos de unificación de las organizaciones sociales que se dio después del levantamiento zapatista (y la división subsiguiente) dentro de la historia de más largo plazo del movimiento campesino de las últimas décadas, y también dentro del panorama de la organización campesina en otros escenarios de lucha y transformación en México y Centroamérica.

Otro proceso relacionado, la reconfiguración que sufrió el espacio agrario en Chiapas como consecuencia del levantamiento zapatista, es analizado por María Eugenia Reyes, conocida ya por sus trabajos sobre el reparto agrario en Chiapas durante el siglo xx. Como resultado general del levantamiento, dice la autora, hubo una nueva transferencia de tierras a manos de campesinos. Sin embargo, ésta dependió de las diferentes actitudes de las organizaciones: unas impulsando procesos de negociación con el gobierno para regularizarlas por distintas vías; otras rechazando cualquier contacto con las instancias oficiales. Por ejemplo, señala que los acuerdos agrarios por los que se buscaba dar reconocimiento a tierras adquiridas por las organizaciones a través de ocupación o invasión se produjeron sobre todo fuera de la zona de conflicto; las resoluciones presidenciales para resolver el rezago agrario, que se incrementaron sobre todo en 1994, sólo en algunos casos se dieron dentro de la zona; finalmente, el PROCEDE operó sobre todo fuera de aquella área. En suma, la autora dice en una evaluación general que la regularización de la propiedad de la tierra entre 1994 y 1999 se dio no en el área de conflicto sino en donde existían organizaciones con las que se podía negociar. En cambio, en el área de influencia zapatista, habla de cerca de 60 000 hectáreas sin regularización en manos zapatistas.

Mientras que Maya Lorena Pérez-Ruiz y María Eugenia Reyes analizan los cambios en la propiedad de la tierra y en la organización política después del levantamiento zapatista, Shannon Speed prefiere hablar del proceso contradictorio de formación de la identidad. Shannon hace un recorrido por la historia de una población que está fuera del área de conflicto (en las laderas que se forman entre el macizo montañoso central y la depresión central de Chiapas) pero que ha manifestado su simpatía por el zapatismo: Nicolás Ruiz. Formado en el siglo xviii con migrantes de Teopisca (un antiguo pueblo tzeltal) tuvo que enfrentar en los siglos xix y xx a pro-

pietarios privados y a campesinos vecinos para defender las tierras que reclamaba como propias. En el siglo xx, cuando la población ya había perdido la lengua tzeltal, los pobladores tomaron la identidad campesina como un mecanismo de negociación y de reconocimiento dentro del régimen político de la revolución. Sin embargo, después del desalojo de un predio que reclamaban como suyo, la lealtad al gobierno empezó a ser cuestionada. Para 1995, y en el ambiente creado por el levantamiento zapatista, Nicolás Ruiz se declaró comunidad en resistencia y base de apoyo zapatista. Lo que interesa resaltar Shannon es cómo paulatinamente esta población empezó a invocar una identidad indígena, como parte de su afirmación prozapatista pero también por la búsqueda de apoyo de organismos internacionales en sus demandas por territorio (ante la orr). Esta vinculación con organismos internacionales refleja a su vez la dimensión global de estas movilizaciones, a decir de la autora. Sin embargo, en 1998 se produjo una división interna y no deja de ser relevante que esta lucha también implicara la exclusión y la búsqueda de expulsión de los pobladores que no compartían la militancia predominante.

Gemma van der Haar se pregunta cómo funcionan los municipios autónomos y trata de responder la pregunta “a ras de tierra”, un ejercicio interesante, puesto que implica ir más allá de los discursos públicos sobre la autonomía. Una primera respuesta a la pregunta es que los municipios autónomos funcionan de diversas maneras, pues implican distintos territorios, personas, recursos y servicios, cuyo manejo plantea dilemas muy variados. Para responder utilizó material de su propia investigación en el municipio autónomo “17 de Noviembre”. Un problema central, señala, es el del control sobre la tierra. Desde el origen este asunto implicó dificultades, pues las invasiones afectaron también a pequeños propietarios e incluso a ejidatarios (no afectables incluso desde la perspectiva de la propia ley zapatista). El municipio autónomo se encuentra en parte en el municipio oficial de Altamirano, en donde se tienen registradas aproximadamente 18 500 hectáreas no regularizadas y en manos de campesinos. En esta zona la ocupación de las tierras constituyó una fuente importante de lealtad al zapatismo y una afrenta para al final de la reforma agraria oficialmente declarado. Una parte de las tierras permaneció sin regularizar y era administrada por una comisión de tierra y territorio del municipio autónomo. Sin embargo, con una mirada a ras de tierra, Gemma van der Haar nos muestra los problemas cotidianos que surgen en torno a su manejo. Por ejemplo, hay disputas importantes entre familias, comunidades y entre éstas y las autoridades del municipio autónomo en torno a los derechos y el reparto de las ganancias de la venta de madera (pues en este caso se dispone de bosques y hay un aserradero cercano que compra los árboles). También se producen conflictos por el reparto de las parcelas y el acceso a los recursos. De especial interés resulta la dificultad de impulsar la colectivización de la tierra, los recursos y el trabajo, colectivización que ha propuesto el zapatismo como forma de manejo de los bienes comunes. Mientras que en el discurso se propone esa colectivización, las familias prefieren manifiestamente la parcelación de las tierras y el usufructo de ellas como unidades individuales. Otro aspecto relevante de las complicaciones que enfrenta el municipio autónomo es que ante la negativa de recibir recursos gubernamentales y por las exigencias de trabajo y cooperación en la organización y el gobierno, el eos-

to de participar en un municipio autónomo es muy alto para los campesinos. No obstante eso y las divisiones producidas en esta breve historia, el municipio autónomo sigue teniendo una presencia importante en el manejo de diversos asuntos de las comunidades bajo su influencia.

Araceli Burguete analiza la política social zapatista y los intentos de dar atención a dos áreas centrales: la educación y la salud. Burguete ubica la experiencia de los municipios autónomos en Chiapas en un contexto más amplio de experiencias de autonomía en México y señala que un aspecto importante de estas experiencias nuevas es el paso de la autonomía territorial a la autonomía funcional; es decir, que el municipio no funciona como entidad territorial sino como entidad de adscripción política y de gestión de servicios, con territorios virtuales en permanente reacomodo. Por ello, uno de sus más importantes retos es el de crear una política social que desplaze la presencia del estado, algo que, a diferencia de otros lugares, sí se ha logrado en Chiapas, por cinco razones: el contexto de guerra a partir de 1994, los antecedentes de organización autonómica, la proliferación de agencias que sustituyen al estado en proporcionar servicios a la población, el funcionamiento de redes de apoyo internacionales y la crisis misma del estado. Sin embargo, la política social autonómica no está exenta de contradicciones. Se ha desarrollado, por ejemplo, una convivencia difícil con la población no zapatista, que sí acepta los servicios proporcionados por el gobierno. Además, la cobertura de los servicios de educación y salud es insuficiente pues depende de la participación de la población para el mantenimiento de los trabajadores de esos servicios, quienes no obtienen ingresos ni reconocimiento formal a su trabajo, lo que los pone en desventaja frente a los empleados de los servicios gubernamentales. Igualmente, en el caso de la educación, el hecho de que los alumnos no tengan reconocimiento oficial de sus estudios ha llevado al cuestionamiento de la importancia de este servicio. Paradójicamente, muchas veces lo que hace que los servicios de los municipios autónomos se mantengan es su dependencia del apoyo que proviene de los vínculos transnacionales, de las redes de ayuda y las instituciones no gubernamentales que promueven su mantenimiento.

Aída Hernández y Violeta Zylbergberg hacen un doble examen de los cambios en las relaciones de género a más de ocho años del levantamiento armado y en especial de la Ley Revolucionaria de mujeres de los zapatistas, buscando ir más allá del apoyo irrestricto (y acrítico) o del rechazo. Las autoras analizan la contribución de esta Ley a la formación de un amplio movimiento de mujeres indígenas. A partir de un recuento de los talleres y las reuniones de mujeres dentro de eventos amplios (como la Convención Estatal de Mujeres Chiapanecas de julio de 1994, las Mesas de San Andrés de agosto-octubre de 1995, el Encuentro de Mujeres de la ANIPA de diciembre de 1995 y el Foro Nacional Indígena de enero de 1996) hacen un recorrido hasta llegar al Primer Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas, realizado en agosto de 1997. La experiencia de intercambio de distintas historias de las mujeres, dicen las autoras, se volvió la base de una participación que implicaba tanto la lucha por la autonomía (como parte del movimiento indígena) como por los derechos de las mujeres, consideradas como luchas complementarias. Recuerdan, sin embargo, las complicaciones que en marzo de 2001, en Nurío, Michoacán, enfrentaron las mujeres al organizar una

mesa para plantear sus problemas (vistos como cosas sin importancia por parte de algunos de los organizadores del encuentro). En otro nivel, las autoras examinan cómo la ley de mujeres ha provocado, de distintas maneras, cambios organizativos y normativos en las comunidades base de apoyo. Al analizar lo ocurrido en una comunidad dicen que algunas normas relativas al alcohol y al maltrato a las mujeres son expresión de ese impulso transformador de la agenda zapatista sobre el género; sin embargo, también analizan la vida cotidiana de mujeres de esas comunidades, en donde los cambios no se presentan con la misma rapidez —aunque hay en este sentido diversas experiencias que van desde cambios significativos hasta la continuidad en la dominación de género—. A pesar de estas contradicciones las autoras sugieren que la ley revolucionaria de mujeres es significativa en la historia de las indígenas; es un punto de ruptura de la hegemonía, en tanto cuestiona aquello que se creía como natural: la subordinación de las mujeres.

Inés Castro vuelve a la idea de que una “guerra de baja intensidad”, desatada como estrategia para enfrentar el zapatismo, es la dinámica que explica la violencia y el conflicto en las regiones indígenas de Chiapas. Para fundamentar esta visión hace un análisis del caso de la masacre de Acteal, Chenalhó, donde varias decenas de personas indefensas fueron asesinadas por un grupo de individuos armados con machetes y armas de fuego. En su artículo, Inés hace una reconstrucción de los acontecimientos, de los antecedentes del conflicto en el municipio de Chenalhó y de las diversas posiciones institucionales al respecto de la masacre. Utilizando las declaraciones ministeriales trata de volver a revisar el caso y mostrar cómo la tesis del “enfrentamiento entre grupos” esconde una guerra planificada y ordenada desde distintas instancias de gobierno, a través de lo que se ha llamado “grupos paramilitares”. Al mismo tiempo lleva su análisis a la pregunta de por qué las víctimas eran mujeres y niños, y señala que eso es una prueba más de que no se trataba de un conflicto intercomunitario convencional. De cualquier forma, advierte que aún faltan “pruebas precisas” para corroborar esta tesis de la guerra planificada.

Mercedes Olivera hace una exploración en las profundidades del “mandar obedeciendo”, y ofrece una mirada de las formas culturales tradicionales de ser y de pensar, propias de la condición de subordinación, que se resisten al cambio que implica el principio de mandar obedeciendo. Mercedes se aproxima a esta resistencia al cambio a partir de ejemplos de situaciones conflictivas generadas por otras que trastocan las expectativas colectivas a nivel comunitario, familiar y de confrontación de grupos políticos y religiosos, ejemplos tomados de poblaciones de la zona norte del estado. Habla, por ejemplo, de la contradicción entre la toma de decisiones por consenso de asamblea en una comunidad base de apoyo y la aceptación de órdenes militares, contradicción que ha significado incluso la negación a cumplir órdenes militares que implican castigo y muerte en contra de los vecinos y parientes que desatienden otros órdenes.

También pone ejemplos de las dificultades que implica romper con la tradicional subordinación de la mujer y la violencia contra ella en el matrimonio, a pesar de la ley y los procedimientos de matrimonio iniciados por el zapatismo en la selva. La formación de grupos de distinta filiación y su confrontación en la zona chol del norte de Chiapas ofrece un ejemplo de la forma en que los conflictos locales son atravesados.

dos por los partidos, iglesias e instituciones gubernamentales. La autora afirma que, en general, estas dificultades del cambio no surgen de una dinámica propia del mundo indígena, sino de la dominación-subordinación impuesta desde los grupos de interés que ostentan el poder y de instituciones como la Iglesia y el gobierno. Sin embargo, también propone que es necesario hacer investigación que permita a los propios actores evaluar sus prácticas, tomar distancia crítica de ellas, e incluso apropiarse del proceso de reflexión (como la investigación) y de los instrumentos de cambio.

En general, estos capítulos ofrecen un panorama de distintas tensiones, entre el cambio y la continuidad, que conforman historias ligadas o influidas por el levantamiento zapatista; también nos aproximan a diversas contradicciones que enfrentan los participantes de estas historias, aquellos que impulsan estrategias que implican no negociar o participar del gobierno, sino buscar otros apoyos, otras redes u otras legislaciones, además de crear entidades de gobierno y de servicios nuevas. Nos ofrecen también un recorrido por los problemas más cotidianos que han enfrentado estos actores, hombres y mujeres, al involucrarse en transformaciones que incluso les exigen cambios más inmediatos a ellos mismos, como en las llamadas relaciones entre hombres y mujeres y entre personas de distintas generaciones. No obstante, también están presentes, de manera marginal en estos textos, las otras historias y las otras estrategias, las de los vecinos que sí aceptan la negociación, la certificación gubernamental de las tierras, los servicios oficiales y el reconocimiento legal de los estudios básicos. Todas estas historias son, en resumen, parte de una transformación social de múltiples ritmos, de diversas estrategias y que plantean distintas disyuntivas.

II

Otro grupo de trabajo habla de otras historias, unas que van más allá del eje del levantamiento zapatista. Nos muestran, así, historias con ritmos y tensiones diferentes a los del levantamiento armado y sus consecuencias (aunque no se desconectan del todo de él).

Gabriela Robledo nos aproxima al trastocamiento del mundo indígena y a lo que llama la recomposición de la etnicidad en Chiapas. Para ello analiza dos fenómenos que son parte medular de este proceso: la migración y el cambio religioso. Por un lado, nos muestra cómo diversas condiciones han convertido a algunos pueblos indígenas en zonas de expulsión de población en las últimas décadas. Esa migración no ha significado simplemente el traslado de personas, sino una amplia modificación de los territorios indígenas y de las relaciones y las fronteras entre el campo y la ciudad. Al mismo tiempo, otra frontera se vuelve flexible, la de la adscripción religiosa, pues en pocas décadas una región dominada por lo que la autora llama la religiosidad tradicional indígena se va transformando en un campo de competencia entre esa religiosidad, la iglesia católica y su nueva labor misionera, y las nuevas ofertas religiosas no católicas. Como ambos fenómenos aparecen enlazados, en particular por la expulsión de conversos en algunos pueblos indígenas, Gabriela Robledo hace un análisis de dos tipos de flujos migratorios. Uno es el que se asentó en las ciudades de San Cristóbal

y Comitán, formó colonias con sus propias autoridades, se organizó para la introducción de infraestructura y se apropió del transporte urbano o del comercio informal como actividad económica principal. Otro flujo fue el que se ubicó en una nueva zona rural, como en el caso del poblado llamado Betania, que surgió en los ochenta y que ha crecido incorporando a nuevas familias de migrantes y a grupos provenientes de diversos pueblos indígenas. La autora sugiere que estos fenómenos no sólo trastocan los territorios y las adscripciones religiosas sino que también tienen influencia en la transformación de las relaciones más cotidianas, por ejemplo, en las relaciones entre hombres y mujeres y entre jóvenes y mayores. Es por eso que Robledo habla de una recomposición de la etnicidad en su conjunto como producto del cambio religioso y la migración (y no sólo del levantamiento armado); eso también nos invita a cuestionar nuestras representaciones actuales del mundo indígena.

Desde el otro lado de este proceso, Sophie Hvosstoff propone hacer una relectura de las relaciones interétnicas a partir de los cambios que se han producido en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas, antiguo asiento de los llamados “coletos”. Parte de las representaciones que se tienen sobre indios y coletos en el contexto urbano, pero va más allá de las representaciones, analizando las relaciones que se producen hoy en día entre estas poblaciones, que ahora viven como vecinas de la ciudad (entre otros vecinos). Inicia con una revisión de la migración indígena a San Cristóbal, la formación caótica de nuevas colonias y el surgimiento de organizaciones que reproducen el faccionalismo y el corporativismo de las comunidades de origen, pero en un nuevo contexto de pluralización política, económica y religiosa. Así, en lugar de surgir una identidad pan-india lo que aparece son grupos ligados a distintos partidos e iglesias. Además, las actividades económicas en la ciudad han producido también una estratificación social creciente entre los propios indígenas, llegando incluso a aparecer familias de notables que tienen una relación más estrecha con la alta sociedad coleta que con los indígenas pobres. Este proceso habla de nuevas y diversas identidades urbanas y cuestiona la rigidez de la distinción indio-ladino que se postulaba antes en diversos estudios. Por otro lado, el colete (el originario de San Cristóbal) aunque representado y auto-representado como racista y distinto de los indígenas, en realidad mantiene vínculos históricos y culturales significativos con esta población. Las relaciones interétnicas, en las que la supremacía ladina era la característica, han perdido además las bases sobre las que se levantaban, como se puede observar en varios aspectos de la convivencia indígenas-ladinos en la ciudad. Todo apunta a una reconfiguración de las identidades, misma que puede ser analizada en fenómenos como los cambios en las redes de compadrazgo que atraviesan las fronteras étnicas; es decir, hay un campo abierto para el análisis de las llamadas “relaciones interétnicas”: la interacción (más que la separación radical, cuyo énfasis además compromete la posibilidad del diálogo y la superación de la discriminación). Es necesario para ello ir más allá de los estereotipos heredados.

Anna Garza y Sonia Toledo buscan los orígenes del movimiento de mujeres en Chiapas en las experiencias de organización y participación política campesina de los años ochenta. Al analizar los materiales derivados de diversos encuentros de mujeres y de talleres de concientización que las mujeres activistas organizaban para las muje-

res rurales dentro del movimiento campesino, las autoras nos acercan a lo que fueron las fuentes del posterior movimiento de mujeres. Durante esa década varios acontecimientos se conjugaron para hacer factible la participación de las mujeres. Uno de esos factores fue la presencia creciente de académicas y activistas en diversas instituciones y organizaciones, entre ellas están quienes ahora empiezan a hacer una mirada retrospectiva de esta historia. Otro elemento importante fue la participación de mujeres que se propició con la formación de distintas organizaciones campesinas y en general del movimiento campesino en Chiapas, en el cual también estaban involucradas muchas activistas y académicas urbanas. Lo interesante es que, en un contexto en que se privilegiaba una cierta perspectiva de clase en los análisis y en el discurso político, aparecieron de cualquier forma otras categorías sociales, etnia y sexo por ejemplo, que referían a dimensiones importantes del análisis social y de la participación política, aun cuando aparecieran siempre como características de segundo orden frente a la "lucha de clases". Además, ante las miradas de la época, dicen las autoras, el género todavía se analizaba como un derivado de la condición biológica, del sexo y de la reproducción, condición que era tenida como universal. De cualquier forma, dentro de esta corriente de movilización, organización y análisis fueron apareciendo los estudios de mujeres y las bases para la organización de mujeres que creció y se multiplicó en Chiapas durante las décadas siguientes. Esta historia llama la atención porque es también una retrospectiva digamos participativa, un análisis en el que las investigadoras son parte del mundo que desentrañan.

Gracia Imberton nos remite a otra historia, una que llamaría la historia de las nociones usadas para entender algunas prácticas que consideramos propias del mundo indígena, como aquéllas asociadas a enfermedades y curanderos. Pero no es un recuento, es un distanciamiento crítico de esa historia. A partir de lo que la gente de un poblado chol del norte de Chiapas identifica como enfermedad, Gracia plantea una serie de problemas conceptuales que heredamos de la antropología previa. Se trata de la enfermedad llamada "pecado de palabra", que refiere a malestares físicos diversos que la gente asocia al chisme o a las habladurías y que, por eso mismo, el curandero enfrenta reproduciendo el chisme en una especie de representación teatral; es decir, se trata de enfermar con palabras y curar con palabras. Asumiendo, como la gente, que la palabra produce la enfermedad, algunos autores hablan de somatización. Ya que el chisme surge en contextos de tensión social, como cuando se rompen ciertos acuerdos o prescripciones sobre la conducta, otros autores han preferido hablar de la enfermedad como una especie de castigo por trasgresión a las normas, como un mecanismo de control social. Imberton en cambio prefiere someter a análisis la propia racionalidad de las personas, esa que enfatiza la capacidad de las palabras para enfermar o que entiende la enfermedad como castigo. Por una parte muestra que la comunidad está de hecho enfrentando tensiones y enfermedades de manera cotidiana, pero también que esas tensiones se han transformado de manera importante con el cambio de una economía de autoabasto hacia una vinculada con el mercado del café, a la migración y al trabajo remunerado. Todo eso ha alterado las convenciones acerca de, por ejemplo, el matrimonio y la autoridad doméstica. En este contexto, los habitantes de estos pueblos están involucrados en la competencia por los recursos al alcance de la mano

para el sustento y la prosperidad de la familia, lo que incluye también una competencia por el prestigio y las posiciones de influencia y autoridad. En ese contexto, el chisme juega un papel fundamental, pues implica un juego de prestigio y desprestigio que afecta las posiciones de las personas frente a los demás; una forma de darle peso al chisme es atribuyéndole también la capacidad de hacer daño físico a las personas. Lo que tenemos entonces no son enfermedades causadas por la palabra o por la alteración de la tradición, sino un lenguaje de poder, un medio para interpretar los conflictos y las tensiones cotidianas, pero también para intervenir en la lucha por la autoridad y el prestigio.

III

Muchas preguntas surgen de la lectura de este conjunto de trabajos y me gustaría dejar planteadas algunas: ¿Hasta dónde esta distancia crítica de los conceptos empleados en la antropología, de las representaciones convencionales de, por ejemplo, el indígena y el ladino o la enfermedad, nos pueden ayudar a replantear los problemas sociales y entender los grandes cambios que está viviendo Chiapas hoy en día? ¿Hasta dónde puede ser útil, en ese mismo propósito, hacer un ejercicio de retrospectiva académica y política? ¿Por qué la colectivización resulta tan complicada en estos escenarios en donde ciertos discursos la presentan como casi natural? ¿Cómo podemos entender los cambios en la vida cotidiana, por ejemplo en las relaciones de género, insertados en la historia del zapatismo pero también en otras historias de más largo plazo, vinculadas con la religión, la migración y el activismo político? ¿Hacia dónde van estos cambios que parecen enfrentar muchas dificultades y contradicciones en los más diversos escenarios? ¿Hasta dónde la investigación de estos asuntos nos puede ayudar a ir más allá de las miradas inmediatas y espontáneas de esa realidad, como sugiere Maya Lorena Pérez-Ruiz en la introducción que forma este conjunto de trabajos? Estas y muchas otras cuestiones surgen de esta urdimbre de historias sin terminar que las colegas nos dejan para seguir tejiendo.

MARÍA DE LOS ÁNGELES POZAS (comp.), *Estructura y dinámica de la gran empresa en México: cinco estudios sobre su realidad reciente*, México, El Colegio de México, 2006, 214 pp.

CARLOS MARICHAL*

El presente libro representa una aportación importante tanto para los estudios sobre la dinámica actual de las grandes empresas en México como para la historia reciente

* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.

de las mismas. La compiladora María de los Ángeles Pozas y los demás autores de este volumen conocen con lujo de detalle la trayectoria empresarial de los últimos treinta años en México. Precisamente por ello el libro constituye una invitación a repensar los cambios dramáticos que han tenido lugar en el campo empresarial en el país desde la crisis de la deuda en 1982 y, sobre todo, a partir de los procesos de creciente inserción de la economía mexicana en la economía mundial en nuestros días.

Antes de pasar a la reseña específica de los capítulos de este libro, vale la pena considerar por qué es importante que en México se publiquen libros que relacionen empresas con procesos clave de la economía internacional. Es manifiesto que cada año se publica un número mayor de libros y ensayos sobre globalización. La razón es clara. Tanto a nivel de la economía como en la cultura y las comunicaciones se está registrando una muy rápida internacionalización que alcanza a casi todas las naciones y sociedades del planeta. En el último cuarto de siglo, numerosas y diversas barreras al intercambio de mercancías, servicios e información se han venido derrumbando; proceso impulsado, a su vez, por la enorme ola de innovaciones tecnológicas (sobre todo en los sectores de la electrónica, informática y las telecomunicaciones) calificada como tercera revolución industrial. Entre los principales agentes y actores en estas transformaciones se encuentra un buen número de grandes empresas mexicanas, en especial aquellas que han impulsado un proceso de internacionalización en sus actividades. El caso mexicano es, en este sentido, especialmente interesante, por la doble direccionalidad del fenómeno. Por una parte se observa el impacto creciente, día a día, de las empresas transnacionales dentro del propio país; por otra, y al mismo tiempo, se observa un fenómeno novedoso que consiste en la internacionalización de un número significativo de empresas nacidas y desarrolladas en el país.

El periodo que los autores han elegido para analizar es especialmente importante, pero también turbulento por la enorme cantidad de cambios que ha experimentado la economía del país, pasando del final de la larga etapa de ISI (1940-1970), que estaba fincada en el desarrollo *hacia dentro*, para entrar a otra fase (1982-2002) en que el motor más vigoroso del crecimiento ha sido el *desarrollo hacia fuera*. Pero este último periodo (1982-2002) fue testigo de una secuencia de cambios traumáticos: la crisis de la deuda iniciada en 1982, el derrumbe del modelo de industrialización protegida, la apertura comercial a partir de la incorporación de México en el GATT desde 1986, las negociaciones y la firma en 1993 del Tratado de Libre Comercio para la América del Norte, las privatizaciones de empresas paraestatales, la malograda privatización de la banca entre 1990-1993 y, finalmente, el estallido de la crisis financiera de los años 1995-1996, que ha provocado innumerables problemas para el país. Este cúmulo de cambios, algunos inevitables, otros fabricación de los altos dirigentes políticos y empresariales mexicanos, contribuyó a afectar el desempeño global de la economía mexicana.

El balance de los impactos preliminares de la globalización en México no es enteramente positivo, ni mucho menos. Sabemos ahora que mientras las tasas de crecimiento del PIB entre 1940 y 1980 alcanzaron un promedio de entre 5% y 6% anual, desde 1982 han bajado a menos de 2% promedio por año. Al mismo tiempo, puede sugerirse que las transformaciones en el campo económico y empresarial han produ-

cido una buena cosecha de triunfadores —léase sobre todo las grandes firmas más globalistas— pero un número aun mayor de perdedores: la quiebra y privatización de casi 800 empresas paraestatales, la quiebra del sistema bancario en 1995 y su venta a firmas extranjeras, la bancarrota y desaparición de millares de pequeñas y medianas empresas (algunas como las clásicas textiles de Puebla, siendo reemplazadas por corporaciones modernas) y la expansión de la economía informal, entre otros fenómenos.

En este sentido, cualquier balance del periodo debe ser cuidadoso para evitar juicios de valor demasiado rígidos o dogmáticos. La realidad en estos decenios ha sido mucho más plástica, compleja y llena de altibajos de lo que cualquiera de los actores hubiera supuesto al principio. De todas formas es claro que la economía e inclusive la sociedad mexicana en su conjunto ya no pueden mirarse de manera endógena e introspectiva. México ya no se ve definido simplemente por el marco de referencia del Estado-nación: y me refiero tanto a empresas como trabajadores. La migración masiva de trabajadores a Estados Unidos, por ejemplo, ha aliviado enormemente la problemática social y económica en México, pudiendo afirmarse que sin ella estaríamos hoy en día frente a una verdadera catástrofe social. Pero es necesario reconocer también que la migración no representa la panacea indefinida para esta problemática, por lo que se requiere una profunda reforma de las políticas económicas del país para impulsar un mayor crecimiento *interno*.

Celso Garrido nos ofrece una descripción y un análisis bien documentados a nivel del conjunto del sector manufacturero y en especial de las grandes empresas nacionales y de sus fuentes de financiamiento en los últimos años. Sus conclusiones son tajantes. Después de ofrecer una visión del sector manufacturero en el país durante el último decenio, apunta los graves problemas de financiamiento del sector: el fracaso del sistema bancario en proporcionar crédito y la manipulación (en muchos casos por los propios empresarios que emiten acciones) del sector bursátil, el cual apenas logra despuntar y convertirse en instrumento efectivo de atraer ahorro y canalizarlo hacia actividades productivas. Lo mismo puede decirse de la banca de desarrollo, que ha pasado por sucesivas crisis y no logra ofrecer más de 2% a 3% del total de financiamiento ofrecido al sector. También ha sido notablemente deficiente la oferta de crédito por parte de la banca comercial privada, que vive más bien de comisiones sobre servicios y subsidios federales que de la búsqueda agresiva de clientes.

Como resultado, las grandes empresas han tenido que buscar apoyos en otras partes. Así, el monto de la deuda externa de las grandes empresas mexicanas crece y las expone a riesgos. Para compensar la falta de crédito bancario se utilizan cada vez más créditos de proveedores, situación especialmente notoria en el caso de las Pymes, aunque éstas enfrentan muchos más problemas. Se presenta aquí un severo problema de no integración o no complementariedad de la banca (que vive de las rentas de los pagarés de Fobaproa) con la industria que requiere financiamiento pero no lo encuentra. La pregunta es si esto tiene alguna salida en el futuro.

El ensayo de María de los Ángeles Pozas está basado en sus excelentes trabajos anteriores. La autora argumenta que la clave del éxito de la mayoría de las empresas analizadas se ha cifrado en buena medida en la capacidad de incorporar socios y nueva tecnología mediante alianzas estratégicas con muy diversas empresas extran-

geras, todas innovadoras en la producción o comercialización de algún bien. De allí que Pozas sugiera que las empresas mexicanas globalizadas son en parte resultado de un proceso de *hibridización*. En su análisis de las trayectorias de las 500 mayores empresas de México señala algunas de las tendencias más llamativas: observamos que entre 1992 y 2002 las grandes empresas nacionales privadas siguieron controlando aproximadamente 63% del mercado nacional, mientras que las extranjeras subieron de 12% a 30%. Las grandes perdedoras fueron las empresas paraestatales y mixtas, que bajaron de 24% a menos de 10% del mercado.

La autora argumenta que las numerosas alianzas estratégicas han llevado a un creciente control de sectores económicos clave por empresas extranjeras, pero también ha sido importante la privatización de empresas estatales y la inversión concentrada en ciertos sectores por compañías multinacionales. La globalización tiende a una vinculación más estrecha con el mundo empresarial mundial, cada vez más competido y agresivo.

El ensayo de Jorge Basave sobre las grandes empresas mexicanas, que denomina las GEM, es otro excelente estudio basado en un minucioso análisis de una gran cantidad de información sobre un buen número de las mayores GEM de los últimos veinte años, aunque con énfasis en unas quince de las más exitosas, que lograron un impresionante aumento de exportaciones y/o de expansión internacional a través de la creación de subsidiarias en numerosos países. Concluye que si bien las empresas mexicanas estudiadas han sido exitosas, no operan como factor de arrastre para el resto del sector manufacturero. Los eslabones productivos se rompieron en las décadas de 1980 y 1990 y no se reconstruyeron.

Posiblemente valdría la pena preguntarse si estos eslabones lograron construirse en el caso de los tigres asiáticos. El tema de Corea parece especialmente comparable (o contrastable) con la propuesta de Basave: ¿cuál es la razón del éxito coreano y cómo han logrado los coreanos producir una gran cantidad de innovaciones industriales? Posiblemente ello se explique por el hecho de que sus industrias han pasado del nivel de producción de insumos a productos más sofisticados y de mayor valor agregado. Si fuera así, ello vendría a apoyar la hipótesis de María de los Ángeles Pozas sobre el hecho de que la mayoría de las empresas nacionales mexicanas se han situado en un nivel bastante bajo de la escala industrial, produciendo sobre todo insumos industriales y productos con valor agregado relativamente bajo.

En su ensayo, Mario Cerutti, Isabel Ortega Ridaura y Lylia Palacios centran la atención en el caso singular de Monterrey —la zona más globalizada de México en lo que se refiere empresas industriales— y explican las exitosas trayectorias de reconversión de CEMEX, IMSA y FEMSA en la complicada etapa de los últimos veinte años, 1982-2002. Sus explicaciones son convincentes pero se refieren solamente a las empresas exitosas. Los mismos autores señalan al principio de su trabajo, que hubo otras firmas que fracasaron relativa o totalmente en sus intentos por adaptarse a las nuevas situaciones políticas y económicas extraordinariamente riesgosas y cambiantes. Citan los casos de VITRO, Pulsar y CYDSA que “se equivocaron o, abiertamente, perdieron”. En la historia económica y política suele prestarse mucho más atención a los victoriosos y mucho menos a los perdedores. Sin embargo, ello implica ofrecer

una visión no equilibrada de la realidad histórica. La pregunta que no queda resuelta es si pueden señalarse algunas causas generales que explicarían los fracasos de las grandes empresas mexicanas que no han logrado sortear las crisis, lo cual ofrecería un contrapunto a las razones del éxito de las compañías triunfantes.

Finalmente, en su ensayo, Taeko Hoshino ofrece un análisis muy interesante de la propiedad y los mecanismos de control de las grandes empresas familiares en México. El tema es central para entender el funcionamiento del mundo empresarial, ya que todavía falta mucho para lograr un capitalismo de base amplia en lo que se refiere al público inversor. La falta de amplitud y profundidad de los mercados de capitales en México es una causa y una consecuencia de la concentración de la propiedad de las grandes empresas en manos de pocas familias. En tanto los grandes empresarios no tienen interés en vender acciones en la Bolsa Mexicana, ello limita la oferta de títulos disponibles y disminuye el atractivo de invertir en los mismos. A su vez, la escasa variedad de títulos hace que el mercado sea más riesgoso, con lo que está sujeto a las variaciones de los movimientos de unas pocas acciones, en particular las de Telmex.

No obstante, el estudio de los grandes grupos familiares en el sector empresarial mexicano no es singular. Es pertinente su análisis para los estudios comparativos con los demás países latinoamericanos, en la mayoría de los cuales el mismo fenómeno es dominante. Debe agregarse que los numerosos estudios —publicados en Japón y en México— de Taeko Hoshino sobre industrialización y empresas privadas en México, la coloca como la experta japonesa más destacada en estos momentos en este campo tan importante de la investigación de los estudios empresariales sobre México.

En resumidas cuentas, el libro bajo reseña es de un valor incuestionable no sólo por los estudios allí presentados, pero además porque ofrece al lector un acercamiento a un conjunto de estudiosos del sector empresarial en México que están abriendo brecha en este campo tan importante para entender los impactos de la globalización en el país.